

Lcdo. Roberto H. Todd,
San Juan, Puerto Rico.

9 Abril 1937

Mi querido amigo:

Cumplo mi promesa enviándole copias (1) del oficio de Cánovas del Castillo al Gobernador de Puerto Rico fechado en Madrid en 26 de noviembre de 1865; (2) de cierto oficio al Corregidor de la Capital; (3) de la carta del Lcdo. Valdés Linares al Gobernador; (4) del oficio al Corregidor de San Germán; (5) del oficio al Corregidor de Mayagüez; (6) de la carta del Gobernador a Cánovas del Castillo; (7) del oficio del Comandante Militar de Mayagüez al Gobernador; (8) del memorándum del Secretario de Gobierno, Rojas, al Gobernador; y (9) de la carta del Gobernador al Ministro de Ultramar don Antonio Cánovas del Castillo.

La carta u oficio del Comandante Militar de Mayagüez al Gobernador de la Isla fué resultado de una denuncia formulada contra el eximio Ruiz Belvis.

Para tomar parte en la "información" que habría de practicarse en Madrid sobre reformas en las Antillas, Puerto Rico eligió, entre otros, a Segundo Ruiz Belvis. Mayagüez había seleccionado a su líder predilecto. Pero las fuerzas reaccionarias a todo cambio y a toda reforma — los esclavistas — trataban de impedir que Ruiz Belvis llegase hasta Madrid a romper cadenas de esclavos. Se trató, por todos los medios, de anular el acta de Ruiz Belvis. Entre las imputaciones contra Ruiz Belvis figuraba la de que en su casa, allá en una apartada calle de Mayagüez, se habían proferido gritos subversivos contra el orden y la legalidad. (Estos dos vocablos, "orden" y "legalidad", cobran un despreciable sentido en boca de ciertos espíritus.)

El gobierno ordenó la investigación de los cargos contra Ruiz Belvis, y puso en manos del Comandante Militar de Mayagüez la investigación aludida. Uno de los documentos que le envió absuelve a Ruiz Belvis de la imputación alevosa.

Recordará usted, mi querido amigo, que al hablar nosotros, hace días, sobre las pinturas murales que deben exornar nuestro Capitolio, le manifesté que no podíamos olvidarnos de una que simbolizase la noble página escrita por nuestra Isla ante el problema de la esclavitud; página que irradia una luz brillante. Entendíamos usted y yo que en el Capitolio debe figurar algo que perpetúe el gesto de los próceres puertorriqueños pidiendo ellos mismos, dueños de esclavos, la abolición de un sistema que degradaba a nuestro pueblo y que oprimía a una raza miseranda. Ese gesto de Puerto Rico debe ser perpetuado por el arte.

Uno de los murales para el Capitolio fuera aquél que representase a Ruiz Belvis, erecta su prócer figura, en medio del comedor de su casa, rodeado de sus amigos (entre los cuales, Betances) posando su mano izquierda sobre el hombro del esclavo que acaba de manumitir y la diestra levantada para brindar por el reino de la libertad entre los hombres. Este gesto debiera perpetuarse porque suma y compendia el espíritu de nuestros idealistas, el espíritu de aquellos hombres que combatieron contra aquel "orden" y aquella "legalidad".

El pincel debe idealizar lo que el Comandante Militar de Mayagüez describe. Y lo que el soldado no supo expresar en prosa oficinesca, lo expresará el genio del artista. Abriguemos la esperanza de que algún día ilumine los muros interiores del Capitolio, perpetuada en eterna gloria y en eterna belleza moral, la figura excelsa de Segundo Ruiz Belvis. Lincoln no es más grande, ni por el gesto ni por el hábito de idealismo. Fuéralo tan sólo porque su tragedia ocurrió en escenario mayor.

Lincoln dió su vida, cual nuevo Jesús, por la redención de millones de hombres. Ruiz Belvis pagó con su vida y con su hacienda por haber albergado en su alma todo cuanto había de idealidad y de altruismo en el alma puertorriqueña. En el orden moral bien puede nuestro Ruiz Belvis sentarse a la diestra de Lincoln.

La carta-biografía de nuestros comisionados, dirigida a Cánovas, es documento notable. Es documento curioso. La historia se repite. Desde la Fortaleza, en el pasado, siempre se han visto así a nuestros hombres ilustres, a los hombres que no formaron comparsa tras el "orden" y la "legalidad". ¡Y qué tragedia para los amantes del orden! Bien desde Las Tullerías o bien desde La Fortaleza siempre se vió triunfar en todas las épocas a la gente del "desorden" y de la "ilegalidad". Mire cómo paga la Historia. De los amantes de aquel "orden" no queda un solo recuerdo. De los amantes de aquel "desorden" queda el recuerdo perfumado e imborrable de los ilustres comisionados de Puerto Rico.

A su mandar queda su muy adicto amigo

Miguel Guerra - Mondragón

Miguel Guerra-Mondragón.